

Cuerpos masculinos y ocultamiento del ser homosexual en el *Guzmán de Alfarache*: un análisis de la unión y separación de Guzmán y Sayavedra



Paula Irupé Salmoiraghi

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”
Universidad de Buenos Aires, Argentina
paula_irupe@yahoo.es

Resumen

El caso del encuentro y separación de Guzmán y Sayavedra nuclea todo el Libro II de la Segunda parte de la novela alemaniana para cumplir con la eliminación del Nemo o la parte oscura del sujeto masculino europeo, occidental y cristiano (Forcione, 1985-86: 564-590). Sayavedra es un personaje fuertemente ligado al deseo de Guzmán y a su identidad buscada, perdida o autonegada, de modo tal que nos permite leer “la tragicidad del descubrimiento mutuo de un deseo impropio y recíproco entre varones y, al mismo tiempo, la urgencia de su necesaria execración” (Vila, 2016: 141).

Finalmente, cuando Sayavedra se ahoga en el mar, toda forma de deseo no cercenado se ahoga con él y Guzmán queda ya puramente racional, lingüísticamente varonil y explícito, sin sombra ni doble.

Male bodies and concealment of the homosexual being in the *Guzmán de Alfarache*: an analysis of the union and separation of Guzmán and Sayavedra

Abstract

The case of the encounter and separation of Guzmán and Sayavedra encompasses all the Book II of the Second part of the *alemaniana* novel to fulfill with the elimination of the Nemo or the dark part of the european, western and christian male subject (Forcione, 1985-86: 564-590). Sayavedra is a character strongly linked to Guzmán's desire and his identity sought, lost or self-denied, in a way that allows us to read “the tragicity of mutual discovery of an improper and reciprocal desire among men and, at the same time, the urgency of its necessary execration” (Vila, 2016: 141).

Palabras clave

Guzmán de Alfarache
cuerpos
deseo
doble

Keywords

Guzmán de Alfarache
bodies
desire
double

Finally, when Sayavedra drowns in the sea, all unrestrained desire drowns with him and Guzmán is already purely rational, linguistically manly and explicit, without shadow or double.

El caso del encuentro y separación de Guzmán y Sayavedra nuclea todo el Libro II de la Segunda parte de la novela alemaniana.¹ El nombre de este amigo del protagonista aparece explícito en todos los títulos de capítulos de este Libro y es posible afirmar que su centralidad radica en el hecho de que esta dupla, su encuentro y separación, pone en relato lo que Alban Forcione (1985-86: 564-590) marca como una de las tareas realizadas por los grandes constructos narrativos del siglo XVII: eliminar el Nemo o la parte oscura del sujeto masculino europeo, occidental y cristiano.

Las referencias a Sayavedra como parodia del autor de la segunda parte apócrifa del Guzmán,² el hecho mismo del juego con los nombres biográficos, pseudónimos e identidades cruzadas reales y ficcionales, nos acercan a la hipótesis de que se trata de un personaje fuertemente ligado al deseo de ser de Guzmán y a su identidad buscada, perdida o autonegada. También resulta significativo que la venganza de sus parientes genoveses (uno de los núcleos que mueve a Guzmán durante toda su vida desde la afrenta sufrida en carne propia, pero también desde la heredada por línea paterna) se logre llevar a cabo en el momento en que el cuerpo del pícaro está completo, es decir, compuesto por las dos partes que representan el protagonista y Sayavedra, derecho y revés, luz y sombra de una misma identidad, así como cuerpo plural capaz del encuentro con Favelo, el capitán de galeras.

Ya nos es familiar el modo elusivo en el que el narrador alemaniano presenta situaciones, personajes y reflexiones que, tanto el omnipresente narratario como los lectores reales³, nos vemos obligados a interpretar en sentidos muchas veces divergentes. F. Márquez Villanueva sostiene que Alemán mantiene “un lenguaje narrativo altamente codificado que le permite decir muchas cosas que no llega a nombrar” (1997: 4-5). Y en el prólogo “Del mismo al discreto lector” se nos advierte: “Mucho te digo que deseo decirte, y mucho dejé de escribir, que te escribo” (1ra, 111), características del texto que Cavillac subraya como “esa poética del silencio ajena a cualquier lectura ingenuamente literal de su “fábula” (2003: 131-163). Por otro lado, Juan Diego Vila reclama, en uno de sus artículos sobre la Altisidora quijotesca (2006: 36), una mirada crítica que deje de expresar “el mito cultural de un omnipresente deseo del hombre por la mujer” (2006: 38) y evite “velar, calladamente, por la clausura y ocultamiento de todo aquello que, en tanto heterodoxia, amenazaría la serenidad del conjunto en el que la forma mentis del crítico debería poder serenarse sin ningún tipo de hallazgo indeseable” (2006: 38).

De modo que podemos, en esta línea de lo no dicho sobre la sexualidad masculina y el deseo prohibido expresado mediante símbolos y alusiones veladas, ver cómo, desde los inicios prologales, se demarca claramente el eje que queremos seguir en este trabajo: la línea del deseo. Se apela al lector con un *tú* calificado directamente como *deseoso* y se nos muestra un enunciador que utilizará desde aquí toda la metáfora del viaje y de la navegación para expresar sus móviles más íntimos: “encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto” (1ra, 111).

En términos de Deleuze y Guattari (1995), el deseo no es carencia sino producción de su propio objeto, y la máquina deseante es, ante todo, flujo y corte, por lo tanto, la entrada, larga permanencia y salida abrupta de Sayavedra de la línea narrativa y vital del personaje central se vuelve significativa para la definición identitaria del protagonista niño en camino de devenir hombre, propia del género picaresco. Podríamos

1. Todas las citas pertenecen a Alemán, M. (1998). *Guzmán de Alfarache*. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra. Se indica: parte, libro, capítulo, página.

2. Para el análisis de Sayavedra como doble hermafrodita de Guzmán y del apócrifo de Luján, ver el “Estudio preliminar” de Benito Brancaforte a la edición de Akal, Madrid, 1996, y David Alvarez Roblin, *De l'imposture à la création. Le Guzmán et le Quichotte apocryphes*, Casa de Velázquez, Madrid, 2014.

3. Sobre la interpelación continua, cómplice y narratológicamente constructiva del lector, ver los trabajos de Cavillac (2010) y Vila (2015 c).

aplicar a este episodio la misma idea que Vila aporta en referencia a otro de los amosantes de Guzmán: “lo que confiere tragicidad a este pasaje no es otra cosa que el descubrimiento mutuo de un deseo impropio y recíproco entre varones y, al mismo tiempo, la urgencia de su necesaria execración” (2016: 141).

Veamos la línea argumental. El capítulo I del Libro II de la segunda parte se inicia con una referencia al filósofo Forcion que era burlado por el tirano Dionisio por su condición de pobre. Pero Forcion se reconoce orgulloso de su pobreza en dineros porque, en cambio, es rico en amigos mientras señala la vergüenza de Dionisio de no tener ninguno, ya que ese era el índice de su tiranía y falta de virtud. La anécdota le sirve al narrador para, inmediatamente, en el segundo párrafo, introducir la explicitación de su deseo: “Nunca fue otro mi deseo desde que tuve uso de razón, sino grangearlos (a los amigos) aún a toda costa, pareciéndome, como real y verdaderamente lo son, tan importantes a la próspera como a la adversa fortuna” (2da, II, 1: 154).

La figura arquetípica de los dos amigos masculinos, tópico patriarcal que elimina las marcas sexuadas varoniles, aparece cargada de erotismo cuando Guzmán dice:

De sus calidades y condiciones muchos han dicho mucho y algún día diremos algo, Dios mediante. Mas, a mi parecer, donde amistad se profesa, el trato ha de ser llano, que ni altere ni escandalice ni dé cuidado ni ponga en condición al amigo de perderse.

Hanse de avenir los dos como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder a el azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciéndose de ambos una misma pasta, sin poderlos dividir otra cosa que el puro fuego, donde queda el azogue consumido, tal el verdadero amigo, hecho ya otro él, nada pueda ser parte para que aquella unión se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola (2da, II, 1: 154-155).

Los cuerpos que, como oro y azogue se penetran uno al otro para fundirse hasta la muerte, son descriptos mediante estrategias del decir sin decir que sostienen un hilván léxico a lo largo del texto. La historia del deseo puede leerse rastreando indicios como la utilización de la palabra *entrañas* que se repite dos oraciones más adelante y la seguridad de que el amigo dice la verdad como a “cosa muy propia suya” y no “como a tercera persona” (2da, II, 1: 155).

Sin embargo, apenas planteado este ideal amistoso, Guzmán sostiene que es difícil conseguir este tipo de amistad, que el mejor amigo es un libro porque allí está “el consejo desnudo de todo género de vicio”. Por oposición, se nos sugiere que la amistad humana está, no desnuda, sino vestida y cargada de vicios. Lo corporal humano parece impedir las relaciones amistosas, o llamadas amistosas, en los textos áureos a falta de permiso epocal para llamarlas de otro modo.

El ideal del deseo guzmaniano parece transformarse, en la página siguiente, en una utopía hallable solamente “por escrito y los mas en fábulas” (2da, II, 1: 156).

Luego, en su deriva lejos del cuerpo humano de un semejante, el discurso del protagonista evoluciona hacia la demostración de que Guzmán halló “uno solo” de estos amigos verdaderos y fue “la tierra” (2da, II, 1: 156). La describe como provista de todas las virtudes de protección, entrega y bondad sin precio que provee al ser humano. Utiliza metáforas y comparaciones que recorren lo materno, la vida uterina y la muerte: “pechos dulcísimos”, “cría nuestros frutos”, “nos ampara dentro de su propio vientre” (2da, II, 1: 156). Es clara la nostalgia de lo femenino que el sujeto barroco en general, y este pícaro en particular, vivían como deseo obturado e imposible de concretar en ningún cuerpo sexuado humano: ni madre, ni padre, ni esposa, ni amante,

ni amigo, ni amiga. Tanto la ternura como el erotismo humanos aparecen relegados a un espacio degradado y marginal que entra solo inconcientemente en los textos y otras manifestaciones artísticas.

En su *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault (2004) marca al siglo XVII como el punto de inflexión en el que la sexualidad es encerrada y confiscada por la familia conyugal absorbida por su función reproductiva:

la conveniencia de las actitudes esquivo los cuerpos, la decencia de las palabras blanquea los discursos. Y el estéril, si insiste y se muestra demasiado, vira hacia lo anormal [...] Lo que no apunta a la procreación o está transfigurado por ella ya no tiene sitio ni ley. No puede expresarse. Se encuentra a la vez expulsado, negado y reducido al silencio. No solo no existe sino que no debe existir [...] De todo eso nada hay que decir, ni ver, ni saber (2014: 10).

En el mismo movimiento disciplinatorio de los cuerpos, las sociedades europeas se vuelven *singularmente confesantes* en términos foucaultianos: la narración en primera persona, tanto en la justicia, la medicina, la iglesia o las relaciones familiares, se vuelve centro de la expiación de los pecados. Esto tendría como consecuencia una metamorfosis de la literatura que llevaría “del placer de contar y oír, centrado en el relato heroico o maravilloso de las pruebas de valentía o santidad”, a la “infinita tarea de sacar del fondo de uno mismo, entre las palabras, una verdad que la forma misma de la confesión refleja como lo inaccesible” (Foucault, 2014: 60).

González-Ruiz, al referirse a la relación entre Laura y Florela, los dos personajes femeninos de *La prueba de los ingenios*, de Lope de Vega, dice que el amor homoerótico presenta “su cara más polémica y al mismo tiempo más verdadera [...] como un monstruo ambiguo, a medio camino entre la perversión y la maravilla que tanto admiraba al hombre barroco” (2009: 48). Tomás Oltra, por su parte, comprueba que: “Por mucho que la literatura áurica estilice las manifestaciones del ‘sexo desviado’ siempre transmitirán una percepción que nace en los más profundos resortes de la persona, condicionada por factores externos en la mayoría de los casos” (1996: 152).

Es este aliento contenido, esquivo, arrepentido por momentos, autojustificante en otros, secreto, necesitado de perdón y de devolución de su propia imagen, lo que percibimos en todo el relato que, leído como picaresco, desborda su género y lo enturbia como si ninguna preceptiva pudiera complacer el deseo inexpresado y preso. No es arriesgado sostener que somos testigos, en el relato de Guzmán, del proceso de eliminación de lo corporal como sombra bajo el poder del yo racional que pronto se volverá cartesiano.⁴

4. Silvia Federici, en *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, rastrea este momento del siglo XVII en el que la “cabeza pensante (tiene como) tarea principal dominar el cuerpo y el mundo natural” (2011: 229).

Las referencias de Guzmán a la tierra como única amiga, como único cuerpo capaz de colmar el deseo, introducidas en medio de sus peripecias de un modo que, por su extrañeza, no debe pasarnos inadvertido, pueden ser señales del dolor y la nostalgia del sujeto masculino moderno en su lucha mental por controlar el cuerpo. Federici indica que “El producto de esta separación con respecto al cuerpo fue el desarrollo de la identidad individual, concebida como ‘alteridad’ con respecto al cuerpo y en perpetuo antagonismo con él” (2011: 236). Así es como vemos, en toda la novela, a Guzmanillo, luego Guzmán, en relación de encuentro y pérdida constante de varios alter ego, amigos, compañeros de viaje, amos y parientes en los que se espeja, se refracta o choca construyendo a fuerza de golpes físicos y morales su identidad como hombre.

Siguiendo con el argumento del capítulo que nos ocupa vemos que la queja, luego de la apología de la tierra, no tarda en llegar: a él que es hombre, otros hombres le han

dejado “el corazón amargo” frente a su “lengua dulce” y lo desearon, regalaron y se le ofrecieron sumisamente solamente cuando tuvo dinero (2da, II, 1: 157). Los nombres masculinos a los que Guzmán apela en su reclamo de amor son símbolos mitológicos de la fidelidad y la unión amorosa entre amigos. Dice: “No hay Pílates, Asmundos ni Orestes; ya fenecieron y casi sus memorias. Tanto lo digo por mi Pompeyo, y más que por los más que tuve” (2da, II, 1: 157).

Pílates, en la mitología griega, es conocido principalmente por sus lazos afectivos con Orestes. Criados juntos cuando Agamenón, padre de Orestes, estaba en Troya y su madre vivía en adulterio con Egisto, Pílates es el amigo que recibe al exiliado, al expulsado de su hogar. Un grupo escultórico romano, llamado *Grupo de San Ildefonso*, por el lugar en que fue hallado en el siglo XVIII, o “La ofrenda de Orestes y Pílates”,⁵ por la interpretación heroica que se dio al abrazo de los dos mancebos delineados en mármol de Carrara, los presenta unidos en el momento de rendir tributo a Artemisa, luego de ofrecerse ambos para sacrificarse uno por el otro en Táuride, tras haber matado a Clitemnestra, madre de Orestes. Representan, por lo tanto, la amistad perfecta, el sacrificio por el amigo, el heroísmo joven y hermoso. Son aquellos que no se encuentran unidos solo por la sangre y el deseo ajeno, sino que se han elegido mutuamente para vengar las ofensas de los progenitores, para limpiar la línea trágica que los antecede y construirse una identidad bifronte y completa en esa duplicación de iguales, sin padres ni madres.

5. La curaduría actual del Museo del Prado donde se encuentra el grupo explica: “Desde bien avanzado el siglo XVII, en toda Europa se decoraban palacios, jardines y museos con reproducciones de este grupo. Documentado desde 1623, el grupo fue publicado en 1638 por F. Perrier, en 1683 por G. Audran, en 1704 por P. A. Maffei y en 1767 por J.J. Winckelmann, en tanto que en 1630 fue dibujado por Nicolas Poussin, hacia 1680 por Ercole Ferrata y posteriormente por muchos otros”.

Por otro lado, el retorcimiento barroco de la sintaxis o de la personalidad de Guzmán, hace que no los nombre juntos sino con el nombre de Asmundio en medio. Un tercer hombre que se interpone, une o separa a los dos primeros, nos prepara para mirar el triángulo formado por Guzmán, Sayavedra y Favelo. Personaje de otra tradición, igualmente heroico y sacrificado, Asmundio es aquel que, en las sagas legendarias de Islandia, por cumplir con el pacto de sangre que lo unía con su amigo Asvito, es enterrado vivo junto a él cuando este muere por enfermedad. Su figura es retomada en el Libro VII de *Las abidas*, de Jerónimo de Arbolande (1566: 606):

No es de olvidar Asmundio aquel que tanto
sintió la muerte de su amigo Asvito,
que permitió enterrarse con él vivo.

Pero, mientras recupera las historias de estos amantes amigos incondicionales, Guzmán dice que solo ha tenido Pompeyos, símbolo de la amistad falsa desde que este personaje romano, influido por Clodio, abandona a su amigo Cicerón cuando este lo necesitaba. Guzmán dice “tuve mi Pompeyo” (2da, II, 1: 157) en el instante preciso en que va a hablarnos de Sayavedra.

Recordemos que este había aparecido en el libro anterior descrito como “un hombre que trataba de aconsejarme y favorecerme” y que luego fabrica llaves falsas de cera para robar los baúles de Guzmán. Luego de todos los rodeos sobre la amistad falsa y verdadera, Guzmán nos cuenta que perdonó a Sayavedra y lo tomó a su servicio:

No pude resistirme sin hablarle con amor ni él de recibirme con lágrimas, que vertiéndolas por todo el rostro, se vino a mis pies abrazándome por el estribo y pidiéndome perdón de su yerro [...] Yo que siempre le conocí por hombre de muy gallardo entendimiento, vivo de ingenio, aunque por el mismo caso un perdido, empero dispuesto para cualquier cosa, holguéme con su ofrecimiento (2da, II, 1: 160).

El deseo de Guzmán los lleva a Florencia, donde “todo era placer y más placer” (2da, II, 1: 171), vivían de fiesta en fiesta y los mozos los traían de casa en casa y de boda en boda. No hay narración directa de ningún episodio pero, curiosamente, al narrador

ese clima le parece “negro adobo” (2da, II, 2: 172) y declara: “era importantísimo salir de Florencia, huyendo de mí mismo” (2da, II, 2: 172). Las referencias al cuerpo y sus deseos, con fuertes connotaciones sexuales, son pudorosamente escondidas bajo alusiones generales que la discursividad patriarcal lleva siglos explicando racionalmente. Tal es el caso de: “la mocedad es muy su contraria, caliente y húmeda” (2da, II, 2: 172), justificable, en el discurso de la época como teoría de los humores y pretendiendo que dicha explicación le quitara carnalidad y lubricidad.

Vemos que Guzmán intenta encajar en las representaciones de su género cuando el deseo de ser un hombre de bien parece contraponerse con la vida que lleva junto a Sayavedra:

Salí de Roma con determinación de ser hombre de bien, a bien o mal pasar; deseaba sustentar este buen deseo, mas como de aquestos están los infernos llenos ¿de qué me importaba si no me acomodaba? [...] Era mozo, criado en libertades, acostumbrado antes a buscar las ocasiones que a huirlas, mal pudiera con buenos deseos perder mis malas inclinaciones (2da, II, 2: 173).

Podríamos pensar que lo que rehúye o trata de dominar es su deseo de robar o engañar, pero tales acciones estarían plenamente justificadas dentro de la picaresca como trucos para evitar el hambre y lograr la supervivencia. En cambio, los planteos de conciencia de Guzmán tienen una carga de vergüenza y erotismo que se desplaza hacia el ejemplo de la “señora doña (como es su gracia)” que dice que “sería buena y honesta, sino que la necesidad me obliga más de cuatro veces a lo que no quisiera” (2da, II, 2: 174). El narrador se burla de los dichos de la que no puede quitar los ojos de la ventana para ponerlos en la rueca o la almohadilla: “En verdad, señora, que miente vuestra merced, que sí quiere” (2da, II, 2: 174). Guzmán sabe de deseos ocultos y tapados con palabras, del cuerpo que se va hacia donde el deseo lo lleva y el decir que contradice lo que llama al cuerpo. Esa es su lucha contra “el terrible animal” de los veinte años, porque “no hay batalla más sangrienta ni trabajada escaramuza como la que trae la mocedad consigo” (2da, II, 2: 174).

Así y todo, nada en la narración de Guzmán nos hace pensar que esté desesperado por mujeres o que su deseo lo lleve hacia ellas. Más bien parece que, todo el tiempo, hay algo que no nos está contando: una culpa, una falta que no se nos nombra y que nos busca como cómplices capaces de comprenderla y reconocerla como amigos, como pares del narrador que reclama desesperadamente la complementariedad de otro: amigo o lector y, si es posible, ambas cosas.

Se acumulan los ejemplos para explicarnos que “vencer pasiones”, “viejos deseos”, “malos apetitos” es equiparable a la “bestia por domar” y “al novillo (que) cuando lo quieren poner al yugo lo juntan con un buey viejo ya diestro en el oficio” (2da, II, 2: 175). Lo explícito es que Florencia deja de ser objeto *de mi deseo* porque no se tiene el dinero con que sustentar la vida que llevan en esa ciudad. Guzmán y Sayavedra deciden ir hacia Bolonia para recuperar los baúles robados y su mirada homoerótica, posada sobre unos “mancebitos” que alardean en la puerta de la Iglesia, se desvía represivamente hacia el odio porque los tales mancebos no demuestran ninguna devoción frente al templo y, además, ostentan puesta la ropa robada de los baúles de Guzmán: “a puñaladas quisiera quitárselos del cuerpo” (2da, II, 2: 179), dice este, furioso.

La injusticia de la justicia lleva a Guzmán a la cárcel, de donde sale siguiendo el hilo poderoso de su deseo: “Salí con deseo de mi libertad” (2da, II, 3: 187). Cuando se reencuentra con su “hermano Sayavedra”, se dedican a las estafas en el juego de cartas que los une en las alusiones obscenas relacionadas con los naipes y las reuniones de varones, aunque los separe en el interés por el dinero ganado.

En el capítulo IV en que están solos y ambos mudos, cada quien en sus pensamientos, sienten acercarse el momento de las confesiones y Guzmán dice para alentar la conversación del otro: “hermano Sayavedra, lo pasado pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí o por allí no tenga un resbaladero. Todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza” (2da, II, 4: 208). A partir de la decisión de hablar francamente, toda la narración de Sayavedra sobre su propia vida estará atravesada por referencias a “los impulsos de nuestro apetito”, “esa tentación” y “la mala inclinación” (2da, II, 4: 212) a la cual un hermano de sangre y él se dejaron llevar. La situación con Guzmán vuelve a espejarse: Sayavedra tiene un hermano con quien salió de la casa paterna, no por necesidad ni hambre, sino por deseo de aventuras: los nombres e identidades producen un entramado múltiple:

El otro mi hermano es mayor que yo y, aunque ambos y cada uno teníamos razonable pasadía, mas aun eso no nos puso freno. Tanta es o fue la fuerza de nuestra estrella y tanto el de la mala inclinación a no esquivarnos della, que, pospuesto el honor, con más deseo de ver tierras que de sustentarle, salimos a nuestras aventuras. Mas porque pudiera ser no sucedernos de la manera que teníamos pensado y para en cualquier trabajo no ser conocidos ni quedar con infamia, fuemos de acuerdo en mudar de nombres. Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo. Llamábase Juan Martí. Hizo de Juan, Luján, y del Martí, Mateo; y, volviéndolo por pasiva, llamóse Mateo Luján (2da, II, 4: 213).

Guzmán queda prefigurado en la vida de Sayavedra como el hermano perdido, así como Sayavedra es el otro yo que Guzmán tanto desea. Cuando llegan a Génova, Guzmán reclama a Sayavedra el tomar su lugar para la venganza contra sus parientes, y ya se ven aquí como una misma conciencia, con dos cuerpos batallando por seguir su deseo:

—Si tú, Sayavedra, como te precias fueras, ya hubieras antes llegado a Génova y vengado mi agravio; más forzoso me será hacerlo yo, supliendo tu descuido y faltas. Y porque también será bien cancelar aquella obligación y pagar deudas, porque la buena obra que me hicieron quede con su galardón bien satisfecha. Demás que para desmentir espías conviene hacer lo que tu hermano y tú hicistes, mudar de vestidos y nombres.

—Paréceme muy bien —dijo Sayavedra—, y digo que quiero heredar el tuyo verdadero, con que poderte imitar y servir. Desde hoy me llamo Guzmán de Alfarache.

—Yo, pues —dije—, me quiero investir el propio mío que de mis padres heredé y hasta hoy no lo he gozado [...] Yo me llamo don Juan de Guzmán y con eso me contento.

Entonces dijo Sayavedra con grande alegría:

—¡Don Juan de Guzmán, vitor, vitor, vitor, a quien tan buena pantorrilla le hace, aquese sea su nombre! ¡Mal haya el traidor que lo manchare! Quien te lo quitare, hijo, la mi maldición le alcance (2da, II, 6: 258-9).

El autobautismo doble se cierra con una referencia al romancero que nos permite ligar a los dos personajes con la tradición femenina y reconstruir, a partir de acá, qué hará la voz narrativa con esa identidad que ha logrado completar. Se trata de la referencia al romance “Quejas de Urraca”, donde la hija del Rey Fernando reclama herencia en el momento en que su padre ha distribuido tierras y a ella, por ser mujer, la ha dejado sin nada. El romance termina con la decisión de asignarle Zamora a Urraca y las palabras: “Quien os la quitare, hija, / la mi maldición le caiga”.⁶

6. Recogido en distintas fuentes tradicionales. Cito de: *Romancero*. 2001. Ed. Paloma Díaz-Mas. Barcelona: Crítica.

Guzmán, en cambio, es de Sayavedra de quien recibe la bendición paternal para su nombre y el cambio del femenino *hija* al masculino *hijo*. Las paternidades, maternidades, hermandades, reciprocidades y desvíos están tan entremezcladas en este episodio que podemos hipotetizar que se trata de un núcleo feliz y positivo en el que el protagonista ha logrado construirse como sujeto entero y no ha desgajado de sí mismo ningún elemento corporal ni simbólico.

Esto se confirma con el inicio del capítulo siguiente: “Largo tiempo conservará la vasija el olor o sabor con que una vez fuere llena” (2da, II, 7: 260). El narrador comprueba gozosamente la complementariedad del contenido y el continente. Los sentidos del olfato y el gusto (altamente eróticos y carnales, sin las connotaciones elevadas de la vista y el oído pero, también, sin la concreción final del tacto y la piel toda) son los encargados de plantear la cuestión sin pasar a mayores.

Después del bautismo doble y reparador, queda en el cuerpo la sensación del instante perfecto en que todos los huecos fueron llenados y ningún vacío había entre lo externo y lo interno, ninguna escisión entre mente y cuerpo, voz racional y sombra. Vemos a Guzmán narrando sus mejores intentos de cumplir con lo que Judith Butler, en *Cuerpos que importan*, define como característico de la heterosexualidad hegemónica: “un esfuerzo constante y repetido de imitar sus propias idealizaciones” acosado todo el tiempo por “una ansiedad que nunca puede superar plenamente” (2010: 184).

Es el registro ficcional del hecho de que el ideario de masculinidad fuerza al varón a sostener su identidad como una, única y natural, y su cuerpo y deseo se destrozan al intentar apuntalar con discursos racionales esa imposición.

Monologa Guzmán a continuación sobre los hombres que jamás logran gozar de nada, ni “visten a gusto ni comen de él”, ni tienen “una hora de contento” con “las conciencias inquietas y los cuerpos con sobresalto” (2da, II, 7: 264). Su voz está cargada de un resentimiento que nos anuncia que todo irá mal, que su comunión con Sayavedra no logrará satisfacer su deseo. Aparece entonces un capitán de galeras que se había “aficionado” al “juego” de Guzmán. Su nombre es falso y le ha sido asignado por amor de una dama. Se trata de Favelo, quien participará del plan de venganza de Guzmán contra su familia. Tenemos así un trío, un triángulo amoroso, o tres cuerpos masculinos unidos o enfrentados en el recorrido para conformar identidades. El narrador declara lo unidos que se hicieron pronto y no “en seguimiento de la virtud” (2da, II, 7: 274) y cómo se dividen entre ellos las funciones: a Favelo correspondían las cosas del cuerpo y a Sayavedra las del alma:

Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado. Supliquéle se sirviese de mi persona y mesa y, aunque aquesta no le faltaba, lo acetó por mi solo gusto.

Siempre lo procuré conservar y obligar. Llevábame a su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad, que si la mía fuera en seguimiento de la virtud, allí había hallado puerto; mas todo yo era embeleco. Siempre hice zanja firme para levantar cualquier edificio. Comunicábamnos muy particulares casos y secretos; empero que de la camisa no pasasen adentro, porque los del alma sólo Sayavedra era dueño dellos.

Acá entre nosotros corrían cosas de amores: el paseo que di, el favor que me dio, la vez que la hablé y cosas a éstas semejantes, que no llegasen a fuego. Que no los amigos todos lo han de saber todo. Los llamados han de ser muchos; los escogidos pocos, y uno solo el otro yo.

Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, valiente, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de un tan valeroso capitán, soldado de amor y por quien siempre padeció pobreza; que nunca prendas buenas dejaron de ser acompañadas della. Yo, como sabía su necesidad, por todas vías deseaba remediársela y rendirlo (2da, II, 7: 274).

Para completar su proceso de autoconstrucción, Guzmán necesita cumplir la venganza contra sus parientes. Se presentará ante aquellos que, hacía siete años, lo habían rechazado y burlado y se negará a sí mismo cuando el tío le hable de un “picarillo” que quiso hacerse pasar por él. El protagonista ya no es aquel “rapaz” que lo único que tenía era su deseo de “tener parientes honrados” (2da, II, 7: 279) sino que como una “mujer preñada” (2da, II, 7: 281), Guzmán carga en su cuerpo con todo el deseo de venganza y está listo para parirla.

La familia le ofrece casarlo “con mucha calidad y poco dote” (2da, II, 7: 281), pero Guzmán rehúye el tema y nada nos cuenta sobre la mujer elegida. No está ahí su deseo. Las mujeres, en vez de esposas, le sirven, en el capítulo siguiente, como ejemplos de venganzas bien logradas. Guzmán declara lo mala y cobarde que es la venganza pero sabemos que está planeando la suya con sumo rencor y crueldad y que, al ver al tío muy viejo, lo único que le apena es que no tenga más años de vida para que mayor sea el dolor que él pueda producirle.

El engaño a los parientes se relaciona con dinero y es cumplido mediante baúles cargados de piedras que remiten directamente al episodio en el que el Cid Campeador realiza el mismo engaño a los judíos al ser desterrado. Esta alusión parece decirnos que todo heroísmo se basa en un engaño y que él mismo, pícaro y cruel, actúa del mismo modo que Rodrigo Díaz de Vivar en la recuperación de su honra guerrera y familiar.

La felicidad y el sobresalto físico de la venganza se superponen con la felicidad y el placer físico del encuentro con Favelo, cuya galera servirá para huir juntos. Mientras, Sayavedra ha quedado al margen, ayudando pero opacado por el capitán, y nosotros, lectores, somos los únicos testigos de lo que Guzmán no llega a expresar narrativamente de forma clara: “No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Génova, el regalo que me hizo, la cena que me dio y la cama que me tenía prevenida” (2da, II, 8: 301).

La perfecta huida se ve interrumpida por una tormenta repentina en la que todos enloquecen con rezos y confesiones y Guzmán se llama a sí mismo Jonás. Alude al episodio bíblico en el que este profeta huye del pedido divino de transmitir su palabra y, por su culpa, una tormenta se desata sobre la nave en la que viene escondido. Para reparar su error cobarde, Jonás pide a los marineros que lo arrojen al mar, donde es devorado por un pez que, finalmente, lo lleva al lugar en el que cumple su misión. Pero Guzmán no salta al mar para aplacar la culpa. Es Sayavedra, la sombra, la parte marginada, el excluido, el olvidado, el que debía permanecer silencioso ante todos, quien lo hace:

Sayavedra se mareó de manera que le dio una gran calentura y brevemente le saltó en modorra. Era lástima verle las cosas que hacía y disparates que hablaba, y tanto que a veces en medio de la borrasca y en el mayor aflicto, cuando confesaban los otros los pecados a voces, también las daba él, diciendo:

—¡Yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache! ¡Su sombra soy, que voy por el mundo!

Con que me hacía reír y le temí muchas veces. Mas, aunque algo decía, ya lo vían estar loco y lo dejaban para tal. Pero no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que della yo le había contado, componiendo de allí mil romerías. En oyendo

a el otro prometerse a Montserrat, allá me llevaba. No dejó estación o boda que conmigo no anduvo. Guisábame de mil maneras y lo más galano —aunque con lástima de verlo de aquella manera—, de lo que más yo gustaba era que todo lo decía de sí mismo, como si realmente lo hubiese pasado (2da, II, 9: 307-8).

La voz narrativa, la de la mitad *luminosa* o racional, desprecia a Sayavedra. No le dedica a la pérdida sorpresiva del amigo más que unas líneas y hasta se muestra sorprendido de que todos los marineros le den el pésame cuando él parece no sentir nada. Entre los consuelos que intentan ofrecerle por la pérdida de Sayavedra aparece un libro de mano que había escrito “un curioso forzado” (¿otro doble del escritor-galeote que él va camino a ser?). La lectura intercalada de este texto parece no tener relación con el hilo central. Sin embargo, todo lo narrado versa sobre fingimientos, sospechas, esconder lo importante y ocultar con escritura y lectura lo que verdaderamente nos preocupa. Si no hubiera una relación metonímica entre este texto leído a bordo y el conflicto del protagonista, su inclusión no tendría sentido alguno. Vemos, de nuevo, cómo las alusiones y los sobreentendidos van dibujando el meollo existencial que no se explicita.

Luego de la extensa narración de estas peripecias y casos para la reflexión, el Libro II termina abruptamente con los datos fríos sobre cómo llegó el barco a España y cómo Guzmán dijo que iba para un lado y torció su camino hacia otro. La última frase es “nos despedimos para siempre” (2da, II, 9: 329), y ni él dice ni nosotros tenemos modo de saber qué pasó para que se distanciara así de su capitán Favelo.

Se vuelve necesario, por los motivos expuestos durante toda nuestra argumentación, leer lo no dicho y encontrar significado a esta sorpresiva y abrupta despedida. La falta de narración se vuelve marca de la represión operada en el sujeto y la efectividad del proceso de eliminación de Nemo al que aludíamos con Forcione (1985-86: 564-590).

Vemos así que, al concluir el episodio, todo el deseo de Guzmán se ahogó en el mar con Sayavedra y la venganza ya cumplida. La narración avanza hacia la normalización del desenlace. Guzmán es solo el Guzmán racional, lingüísticamente varonil y explícito que será castigado como galeote y cuyo único escape será la escritura de sus pecados. El pícaro es un hombre *hecho y derecho*: sin sombra, sin doble, sin cuerpo deseante y deseado, en combate con la multiplicidad de las tentaciones.

Bibliografía

- » Alemán, M. (1998). *Guzmán de Alfarache*. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra.
- » Alvarez Roblin, D. (2014). *De l'imposture à la création. Le Guzmán et le Quichotte apocryphes*. Madrid: Casa de Velázquez.
- » Anónimo (2001). *Romancero*. Ed. Paloma Díaz-Mas. Barcelona: Crítica.
- » Arbolande, J. de (1969) [1566]. *Las abidas*. Libro VII. Ed. de F. González-Ollé. Madrid: I-II CSIC, II, pág. 606.
- » Brancaforte, B. (1996). "Estudio preliminar". En: Alemán M., *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Akal.
- » Butler, J. (2010). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Bs. As.: Paidós.
- » Cartagena-Calderón, J. (2000). "'Él es tan rara persona'. Sobre cortesanos, lindos, sodomitas y otras masculinidades de la temprana Edad Moderna". En: María José Delgado and Alain Saint-Saens (ed.), *Lesbianism and homosexuality in early modern Spain*. New Orleans: University Press of the South, 139-175.
- » Cavillac, M. (2003). "La figura de San Juan Bautista en el *Guzmán de Alfarache*". *Mélanges de la Casa de Velázquez*. En: <http://mcv.revues.org/276>; obtenido el 01/04/2018.
- » Cavillac, M. (2010). "El diálogo del narrador con el narratario. Modalidades y finalidad". En: Cavillac, M., *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 167-179.
- » De la Flor, F. (2005). *Pasiones frías: secreto y disimulación en el Barroco hispano*. Madrid: Marcial Pons.
- » Deleuze, G. y Guattari, F. (1995). *El Anti Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- » Federici, S. (2011). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Bs. As: Tinta limón.
- » Ferrer Valls, T. (1999). "La viuda valenciana de Lope de Vega o el arte de nadar y guardar la ropa". En: <http://entresiglos.uv.es/wp-content/uploads/viuda.pdf>; obtenido el 20/08/2016.
- » Forcione, A. (1985-86). "Desposeimiento del ser en la literatura renacentista: Cervantes, Gracián y los desafíos de Nemo". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIV, 564-590.
- » Foucault, M. (2004). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Bs As: Siglo XXI.
- » González-Ruiz, J. (2009). *Amistades peligrosas: el discurso homoerótico en el teatro de Lope de Vega*. New York: Peter Lang Publishing.
- » Herrería, A. (2014). "Las amistades imperfectas en la Primera parte de *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán". *Lejana. Revista Crítica de Narrativa Breve*, Nº 7. En: <https://www.biblegateway.com/passage/?search=Jon%C3%A1s%204:6-8&version=NVI>; obtenido el 20/08/2016.
- » Márquez Villanueva, F. (1997). "El gran desconocido de nuestros clásicos".

Saber leer, Nº 103, 4-5.

- » Oltra Tomás, J. M. (1996). “Bromas y ¿veras? sobre el sexo heterodoxo en el siglo XVII”. En: J. C. Cerezo et al. (ed.), *Los territorios literarios de la historia del placer. I Coloquio de Erótica Hispana*. Madrid: Huerga & Fierro.
- » Rabaté, P. (2006). “De las amistades humanas a los saberes amistosos del libro (*Guzmán de Alfarache*, Segunda parte, II, 1)”. *Criticón*, 97-98, 107-122. En: http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/097-098/097-098_107.pdf; obtenido el 15/08/2016.
- » Rubiera, J. (2003). “Amor y mujer en la Novena parte de Comedias”. En: Pedraza Jiménez, González Cañal y Marcello (Editores), *Amor y erotismo en el teatro de Lope de Vega: actas de las XXV Jornadas de Teatro Clásico de Almagro 2002*. Castilla: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- » Tomás y Valiente, F. (1990). *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*. Madrid: Alianza.
- » Vila, J. D. (2006). “El cuerpo desenvuelto de Altisidora: Programa narrativo, sujeción femenina y trasgresión”. En: *Actas de las Jornadas Cervantinas. A cuatrocientos años de la publicación del Quijote*. Montevideo: Universidad de la República.
- » Vila, J. D. (2015a). “Empero mi alma triste siempre padeció tinieblas: Guzmanillo y el dolor de la sujeción minoritaria”. En: Michelle Guillemont y Juan Diego Vila (coord.), *Para leer el Guzmán y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Vila, J. D. (2015b). “Identidades anegadas: Jonás, Guzmán y Sayavedra”. En: Michelle Guillemont y Juan Diego Vila (coord.), *Para leer el Guzmán y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Vila, J. D. (2015c). “‘Tanto se desmadra más, cuanto yo más lo acaricio’: La ruta equívoca de Guzmán en el laberinto homosocial de las galeras”. En: Michelle Guillemont y Juan Diego Vila (coord.), *Para leer el Guzmán y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Vila, J. D. (2016). “*Guzmán de Alfarache* y el caballero rico de galeras: Claves melancólicas de la clausura del relato”. *eHumanista*, Vol. 34, 134-155.